

SIMÓN RODRÍGUEZ

Don Simón Rodríguez

Miguel Luis Amunátegui

DON SIMÓN RODRÍGUEZ

I

SU VIDA

¿I qué utilidad puede sacarse de la historia de un loco? ¿con qué objeto escribirla? ¿qué provecho nos resultará de leerla? dirán muchos cuando vean el nombre de la persona que va al frente de estas páginas.

Como pudiera suceder que los que así piensan tuvieran razón, no me empeñaré en persuadirles lo contrario.

No me perdonaría jamás que alguno hubiera perdido el tiempo por culpa mía.

El que no quiera leer, que no lea i me deje en paz.

Por lo que a mí toca, he escrito la biografía de don Simón Rodríguez, porque no la juzgo enteramente desnuda de interés.

La vida de un loco es muchas veces una lección para los cuerdos.

Los locos, como los niños, suelen decir grandes verdades; i si no las dicen, el conocimiento de sus

estravíos sirve para impedir que caigamos en las mismas aberraciones.

Por otra parte, el mundo no siempre es justo en sus fallos.

Las alabanzas que prodiga, no tienen la autoridad de cosa juzgada.

El diploma del saber suele concederlo con frecuencia a la ineptitud.

La misma arbitrariedad reina en sus críticas.

Las sentencias condenatorias no recaen siempre sobre aquellos que las merecen.

Los jenios mas sublimes han sido perseguidos; sus intenciones, mal interpretadas; sus trabajos, menospreciados.

El personaje de que voi a hablar, ha sido talvez víctima de una de esas injusticias, sin que sea por eso mi ánimo absolverle de todos sus pecados.

Muchos de los filósofos de la antigüedad no son mas sabios que don Simón Rodríguez, que nos recuerda a Diógenes por sus costumbres i carácter.

Muchos de los socialistas modernos han emitido ideas cuya prioridad pudiera vindicar el pensador americano.

Considerado desde este punto de vista, me parece que bien pudieran dedicarse unas cuantas líneas a un individuo que puede colocarse sin mengua al lado de tantos otros acerca de cuyos sistemas se han escritos volúmenes sobre volúmenes,

Los naturalistas describen i analizan con la mayor

prolijidad las yerbas mas insignificantes, que clasifican en seguida por jéneros i especies.

¿Por qué no se haría lo mismo con el hombre?

¿No sería mas conveniente prestar a seres dotados de vida i razón esa atención que se concede a las cosas brutas e inanimadas?

Si nos importa conocer la infinita variedad de plantas i de arbustos, que ninguna semejanza tienen con nosotros, mucho mas nos importa conocer a los miembros de esa gran familia llamada la humanidad, con quienes vivimos i a quienes nos ligan la comunidad de orijen i la de fin.

Don Simón Rodríguez es uno de esos tipos curiosos cuya fisonomía debe tratar de conservarse.

La estravagancia de sus costumbres i la orijinalidad de sus ideas le hacen digno de este honor.

Desgraciadamente, no poseo las noticias suficientes para hacer una relación detallada de su existencia.

Los pocos datos que he recojido en las obras escritas por él mismo, en algunas conversaciones privadas i en impresos o manuscritos en que por incidencia se hablaba de su persona, son necesariamente mui incompletos.

La carencia de pormenores no me permite pintar a don Simón de cuerpo entero, con todos sus pelos i señales.

No puedo hacer otra cosa que delinear su retrato, que en muchos aspectos se asemejará a esas imá-

jenes divididas i fraccionadas en todos sentidos que se reflejan en un espejo mal azogado.

La biografía que va a leerse, sin orden en el conjunto i sin trabazón en sus diversas partes, es como un capítulo desprendido del libro de Diógenes Laercio sobre las vidas, doctrinas i apotegmas de los filósofos antiguos, que, al lado de cuentos pueriles i ridículos, habla de teorías cuya aplicación podría causar la felicidad o desgracia de la sociedad

Don Simón Rodríguez nació en Caracas.

Tuvo por padre a un clérigo nombrado Carreño, cuyo apellido llevó don Simón por algún tiempo; pero que cambió después por el de Rodríguez.

¿Cuándo nació?

No lo sé.

La fecha del nacimiento de los hijos bastardos, i sobre todo, de los sacrílegos, no se conserva por lo jeneral en las familias.

La madre no repite jamás esa fecha, porque le recuerda un desliz que la deshonra; el padre procura olvidarla para ahogar los remordimientos de una conciencia culpable.

Mucho conseguiríamos si lográramos descubrirla registrando las partidas de bautismo en los libros parroquiales.

La cuestión, por lo demás, me parece ociosa, pues creo, con el autor de que trato, que los hombres no nacen propiamente cuando empiezan a ver la luz, sino cuando comienzan a alumbrar ellos, es decir, cuando comienzan a ser útiles.

Don Simón no fue hijo único.

Tuvo un hermano, llamado Cayetano, que de afición llegó a ser el mejor músico de Venezuela.

Cuando se sentaba al piano, parecía que la armonía brotaba a raudales entre sus dedos.

Los mismos artistas extranjeros que le escuchaban por casualidad, quedaban admirados de su gusto i maestría.

Don Simón fue al principio de su vida un hombre austero i devoto, frugal en su alimento, modesto en su traje hasta el extremo de que experimentaba escrúpulos al adornar sus zapatos con hebillas de plata según la moda de entonces.

Como su conducta era intachable, tenía una reputación mui bien sentada aún entre aquellos que no le conocían personalmente.

La fama de un hombre honrado salva siempre los límites del barrio donde vive, como el perfume de una flor alcanza hasta mui lejos del sitio donde ha brotado.

Habiendo fallecido el padre del *libertador* Bolívar dos años después del nacimiento de su hijo, no se creyó prudente que el huérfano, poseedor de un cuantioso patrimonio, quedara bajo la dirección de parientes que, en caso de muerte, debían heredarle.

A fin de tomar las precauciones necesarias, la audiencia de Caracas ordenó que fuera encomendado a una persona respetable i designó a don Simón Rodríguez para este cargo.

Esta circunstancia hizo que uno de los héroes

mas grandes de América recibiera sus primeras lecciones de uno de los pensadores mas orijinales que ella ha producido.

El preceptor i el alumno vivieron estrechamente unidos hasta que Bolívar a la edad de quince años fue enviado a España por su curador don Carlos Palacios para que completara sus estudios.

Hacia esta época comenzó a verificarse un cambio notable en las ideas de don Simón Rodríguez.

Sus creencias políticas i relijiosas principiaron a alterarse i a ser menos ortodoxas.

¿Qué causas operaron esta estraña metamorfosis? No acertaría a esplicarla.

Sea de esto lo que fuere, las nuevas opiniones de Rodríguez no fueron bien pronto un secreto para nadie, porque él mismo cuidó de revelarlas.

Antes de que estallara en Caracas la revolución de la independencia, el cabildo de esta ciudad le había nombrado director de una escuela municipal.

En su calidad de maestro, i sintiendo naturalmente apego a las clases desvalidas, se había ocupado mucho en instrucción primaria, de cuyos beneficios quería que todos gozaran sin escepción.

Con este objeto, había concebido un plan de educación que comunicó a las autoridades coloniales para que se le permitiera plantearlo en el establecimiento de su cargo.

Este fue para don Simón el orijen de una multitud de sinsabores.

Las autoridades a quienes había presentado su

proyecto, no solo lo encontraron malo, sino también antimonárquico, contrario a los intereses de la metrópoli, inmoral i no sé qué otra cosa.

El autor, desde entonces, fue para el gobierno un hombre sospechoso de ideas subversivas, a quien era preciso observar con vigilancia; i para los padres de familia, un preceptor que, en vez de una doctrina sana, podía infundir a sus inocentes hijos el veneno de los principios antisociales que profesaba.

Con motivo de estas prevenciones, la escuela que rejentaba don Simón, fue de día en día menos frecuentada; i por consiguiente, las entradas del maestro comenzaron a minorarse de una manera alarmante.

Esta ojeriza de los gobernantes i de los particulares no hizo mas que agriar el ánimo del reformador i robustecerle en sus convicciones.

La persecución no ha convertido a nadie; pero sí ha fanatizado a muchos.

La represión no ha sido nunca un dique contra las ideas, sino un medio eficaz de propagarlas.

La guerra declarada que se le hacía, fue causa de que don Simón emigrara de su patria, i se retirara a Jamaica.

En esta isla, se le antojó aprender el inglés que no sabía, i que se puso a estudiar en la escuela pública en compañía de los niños, con quienes no se avergonzaba de corretear i divertirse, como el viejo Esopo se entretenía en jugar a las nueces con los muchachos de Atenas.

«Al salir a la calle, escribía entonces a Caracas, los alumnos arrojan sus sombreros al aire, i yo hago como ellos».

Don Simón no se detuvo en Jamaica mucho tiempo.

Estaba animado por la pasión de los viajes, como otros lo están por la del juego o del amor.

El doctor Gall habría descubierto en su cerebro el órgano de la locomoción.

Hacía por gusto lo que el judío errante por necesidad, según cuenta la leyenda.

Antes de que viniera a Chile, había viajado cuarenta i cuatro años, veinte i seis en Europa i diez i ocho en América, de los cuales había empleado dos en recorrer los Estados Unidos, siendo una particularidad digna de notarse que comúnmente no viajaba sino a pie.

Durante su mansión en Lóndres, donde permaneció algún tiempo, adquirió cierta reputación por su manera fácil i espedita de enseñar la escritura, las matemáticas, la teneduría de libros i el francés.

En cuanto a la escritura, colocaba a los alumnos con los brazos en triángulo i los dedos atados de modo que quedara la libertad conveniente al índice, al cordial i al pulgar; i los ejercitaba en seguir sobre el papel situado oblicuamente los contornos de una plancha de metal donde se encontraba trazado un óvalo.

De esta figura, formaba todas las letras.

En cuanto al cálculo, con la ayuda de pequeños

cuadrados de madera pintados de diversos colores hacía que sus discípulos ejecutaran adiciones, sustracciones, multiplicaciones i divisiones mui prontas.

Pequeñas tablitas unidas entre sí le servían también para enseñarles las fracciones, i hacerles comprender de antemano diversos teoremas que los niños conciben difícilmente cuando uno se dirige a su espíritu sin hablar antes a sus ojos.

«Nada mas ingenioso, nada mas lógico, nada mas atractivo que su método; es en este jénero otro Pestalozzi, que tiene, como éste, la pasión i el jenio de la enseñanza:» dice una persona que le conoció i de quien he tomado la descripción de los procedimientos referidos.

Tanta habilidad le proporcionó muchos discípulos; al paso que su honradez le hacía distinguir de esos charlatanes que siempre hormiguean en las grandes poblaciones, i que tienen por oficio hacer descubrimientos maravillosos para enseñar las ciencias i las artes con tanta rapidéz, como la que ponen en limpiar los bolsillos de los necios que se confían a su dirección.

Merced al crédito que se había adquirido, i a la protección del cónsul francés que le tenía especial cariño, don Simón habría podido enriquecerse en Londres, pero sus instintos aventureros, mas fuertes que su interés, no le permitieron permanecer quieto.

Un impulso irresistible le obligó a abandonar la Inglaterra, como había abandonado a Venezuela, la Jamaica i otras rejiones que sería largo enumerar.

Necesitaba moverse, recorrer el mundo; le gustaba pasearse por los caminos reales, pasar la mañana en una ciudad, la noche en otra, si era posible.

Aún cuando le fuera bien en alguna parte, no podía fijarse en ella mucho tiempo; casi involuntariamente se sentía inclinado a dejarla para dirigirse a otra.

«No quiero parecerme a los árboles, decía, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, a todas esas cosas que marchan sin cesar».

Durante estas correrías por la Europa, encontró a Bolívar, con quien visitó algunos países i volvió a anudar sus relaciones, ligándose mutuamente por la mas estrecha amistad.

En 1823, Rodríguez regresó a América, adonde le trajo el deseo de distinguirse publicando sus ideas sobre la organización de las repúblicas que durante su ausencia se habian levantado en el nuevo mundo, i de trabajar, en cuanto de él dependiera, por realizar esas ideas maravillosas, que, a su juicio, encerraban el venturoso porvenir de sus compatriotas.

Apenas hubo llegado don Simón a Colombia, pudo conocer que las cosas habian cambiado mucho desde que había partido.

Entre su salida i su vuelta, mediaba una revolución.

Las autoridades que había dejado, le habian proscrito, puede decirse, i las que encontraba, le recibian con los brazos abiertos.

El hombre de las circunstancias, el libertador Bo-

lívar, que en aquel momento tenía en sus manos el destino de Colombia, no solo le amaba como amigo, sino que le respetaba como maestro.

La siguiente carta, en que le dio la bienvenida, manifiesta la veneración del jefe de los independientes al primer socialista sur-americano i la adhesión que prestaba a sus ideas:

«Pativilca, 19 de enero de 1824.

«¡Oh mi maestro! ¡oh mi amigo! ¡oh mi Robinson! Usted en Colombia, usted en Bogotá, i nada me ha dicho, nada me ha escrito! Sin duda es usted el hombre mas ... extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos, pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del viejo mundo a visitar el nuevo. Sí, a visitar a su patria que ya no conoce...que tenía olvidada; no en su corazón, sino en su memoria. Nadie mas que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros: día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

«Usted, maestro mío, ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá usted seguido mis

pasos dirigidos mui anticipadamente por usted mismo. Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado; siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel; i no habrá dejado de decirse: *Todo esto es mío: yo sembré esta planta; yo la regué; yo la enderecé cuando tierna; ahora robusta, fuerte i fructífera, hé ahí sus frutos; ellos son míos; yo voi a saborearlos en el jardín que planté; voi a gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible...privativo a todo.*

«Sí, mi amigo querido, usted está con nosotros: mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo mas, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios, qué destino tiene usted sobre todo; mi impaciencia es mortal, no pudiendo estrecharle en mis brazos; ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí; no perderá usted nada. Contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del des-

potismo por el buril victorioso de los libertadores .. de los hermanos de usted. No, no se saciará la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodijios que encierra i abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la tierra, la almena inespugnable del universo nuevo. Desde tan alto tenderá usted la vista, i al observar el cielo i la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decirse: *Dos eternidades me contemplan, la pasada i la que viene; i este trono de la naturaleza idéntico a su autor, será tan duradero, indestructible i eterno como el Padre del universo.*

«¿Desde dónde, pues, podrá usted decir otro tanto tan erguidamente? Amigo de la naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida i su esencia primitivas. Usted no ha visto en ese mundo caduco mas que las reliquias i los desechos de la pródiga madre. Allá está encorvada bajo el peso de los años, de las enfermedades i del hálito pestífero de los hombres: aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Creador. No; el tacto profano del hombre todavía no ha marchitado sus divinos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes intactas...

«Amigo, si tan irresistibles atractivos no impulsan a usted a un vuelo rápido hacia mí, ocurriré a un epíteto mas fuerte... La amistad invoco.

«Presente usted esta carta al vice-presidente; pídale usted dinero de mi parte; i venga usted a encontrarme.

«*Bolívar*».

La carta que acaba de leerse, manifiesta que Rodríguez gozaba de un alto valimiento con Bolívar, i que bien habría podido no ser modesto en sus pretensiones.

Sin embargo, no se aprovechó del afecto que le profesaba el libertador para solicitar empleos, condecoraciones, honores.

Su ambición era mucho más elevada.

No se asemejaba a esos socialistas estériles que vociferan la triste suerte de la humanidad i que jamás se han ocupado en su remedio, ni a esos especuladores políticos que tienen el nombre del pueblo en los labios i el amor de sí mismos en el corazón.

Conocía las enfermedades que aquejan el cuerpo social, i por lo mismo trataba de curarlas.

«Obras son amores i no buenas razones», esclamaba como las mujeres cuando se cansan de oírse elojiar.

Apenas se vio con Bolívar, no pidió secretarías, ministerios, embajadas, aunque no le faltaban ocasiones ni aptitudes para desempeñar estos cargos, sino muchachos que enseñar.

Durante sus viajes por el viejo i nuevo mundo había perfeccionado aquel malhadado plan de edu-

cación popular que tantos sinsabores le había costado en Venezuela.

La realización de este plan era para él la inauguración del reinado de la paz, de la libertad, de la justicia.

La América no podía ser feliz sino cuando adoptara el sistema que él había ideado, i era ya tiempo de que ella fuera pensando en ejecutarlo.

El proyecto de don Simón se reducía a formar ciudadanos que tuvieran costumbres republicanas para cumplir los fines sociales, i una industria para asegurar su subsistencia.

Abrazaba la educación de los niños, i el cultivo de la tierra, que debía proporcionar a éstos trabajo i materiales para los oficios manuales o mecánicos.

Don Simón comunicó sus ideas a Bolívar, ofreciéndole sus servicios para llevarlas a cabo.

Bolívar, que, como hemos visto, le estimaba mucho i participaba de las mismas creencias, accedió a la petición i le prometió todos los auxilios necesarios.

Desde ese momento, uno i otro no pensaron sino en realizar el proyecto.

Don Simón Rodríguez indicó a Bolivia como el lugar mas aparente para tentar la esperiencia por su situación apartada i la condición pacífica de su jente.

Si hubiera encontrado un desierto o una Tebaida, los habría preferido; pero, no divisando a mano sitios semejantes, escogía el Alto Perú, como el país mas solitario, i en aquel momento el mas tran-

quilo del nuevo continente, a fin de que nadie le turbara en sus tareas.

Quería trabajar en medio de la soledad i el silencio por la regeneración de la sociedad futura representada en los niños, con el mismo sosiego que hallaban los cenobitas en el alejamiento del mundo, para trabajar en su propia justificación.

Bolívar aprobó la indicación i designó a Chuquisaca para teatro del primer ensayo.

En esta ciudad, debía abrirse una escuela modelo del sistema que Rodríguez había concebido.

Mas tarde deberian fundarse otras semejantes en cada departamento de la república.

Los alumnos que hubieran salido de estos establecimientos, habrian sido distribuidos en los terrenos baldíos del estado, i auxiliados para que se procurasen los aperos indispensables para la labranza.

Esto era lo que nuestro reformador llamaba *colonizar el país con sus propios habitantes*.

Don Simón fue nombrado director de la escuela de Chuquisaca, endonde debian educarse los futuros ciudadanos de una verdadera república, i facultado para abrir caminos, para entender en las minas, para plantar bosques i para cultivar la tierra, operaciones que habian de facilitar a sus discípulos la adquisición de la correspondiente industria.

Este doble cargo importaba la comisión de civilizar, no solo a los habitantes, sino también el suelo, que es tan susceptible de ser civilizado, como los hombres que lo pueblan.

Bolívar asignó a don Simón una cantidad de seis mil pesos, pero no para que la invirtiera solo en su persona o la guardara en su bolsillo, sino para que con ella atendiera al propio tiempo a los gastos del establecimiento.

Arreglados todos los preparativos, la escuela se abrió en el lugar prefijado en el mes de enero de 1826.

La empresa comenzaba bajo los auspicios mas favorables; estaba protegida por el gobierno i rejentada por el mismo que la había concebido.

Todo le presajiba un éxito feliz.

En menos de cuatro meses, la nueva escuela contó mas de doscientos niños, entre ellos cincuenta jóvenes pobres i veinte pudientes de diversas partes que aprendían para ir a propagar la instrucción en otras ciudades.

Sin embargo, la prosperidad del naciente establecimiento duró poco.

Ni la naturaleza del sistema, que habría alarmado a muchos sabios, ni el carácter del inventor, que podía ser tachado de mas de una estravagan-
cia, eran propios para ser comprendidos en lo que valían por los buenos vecinos de Chuquisaca.

Cuando supieron que Bolívar se proponía plantear una institución de nueva especie, i que iba a colocar a su cabeza a un hombre de un mérito extraordinario, que había viajado mucho, que había leído mas, i que había aprendido todavía mas que viajado i leído, todos ellos esperaron que la proyec-

tada institución había de producir efectos estupendos en favor del país, i que ese director tan respetado por Bolívar había de ser un pasmo de ciencia, un modelo de compostura, un prodigio de virtud.

Luego que comenzó a hablarse del tal director, cuenta el mismo don Simón, i a tratarle unos de Vuestra Señoría i otros de Vuestra Excelencia, las jentes ilustradas creyeron que sería un hombre de baja estatura, sin pescuezo, calvo hasta el codo, con cuatro pelos torcidos en coleta, los muslos escondidos bajo la barriga, piernas cortas i delgadas, terminadas por grandes pies envueltos en zapatos de paño con hebillas de oro, caja de polvo, rosario en faltriquera, rezador, limosnero, gran citador de historia, que engastaba sus frases en versos clásicos i que escupía latinajos a cada momento.

Los timoratos se figuraron que debía ser alto, seco, cejudo, taciturno, mui sabio, mui grave, mui santo i mui sucio.

Un hombre tan acatado por Bolívar no podía ser sino de uno u otro de esos tipos.

Desgraciadamente don Simón Rodríguez no realizó ninguno de estos dos ideales.

Poco tiempo bastó para que los vecinos de Chuquisaca percibieran que el director de la escuela era mui diferente de lo que se habian imaginado.

Don Simón Rodríguez era excéntrico en cuanto hacía, cínico en sus palabras, mas cínico en sus acciones, no conocía lo que se llama respeto huma-

no, obraba como se le antojaba, no iba a misa, no sabía la historia, no hablaba latín, defendía los proyectos mas inauditos, vivía como no vive un buen cristiano, hablaba i escribía como no hablan i escriben los demás hombres, solía pasearse por la mañana en su cuarto con el traje que usó Adan antes de su primer pecado.

La escuela que don Simón había fundado, era tan estraña como el fundador.

En ella, se enseñaban cosas que nunca se habían visto enseñar en una escuela.

El establecimiento tenía por objeto, a lo que parecía, formar artesanos i hacer de los alumnos albañiles, carpinteros, herreros, i de las alumnas costureras, hilanderas, tejedoras.

Después que don Simón fue conocido personalmente, se tuvo de él en Chuquisaca una opinión opuesta a la que había merecido cuando solo era conocido de fama.

«Bolívar, decían los sujetos principales, reflexionando sobre el particular, por acomodar a su *hom-bre* le ha dado una importancia que no tiene.»

Las hablillas del vulgo no tildaron solo los defectos de que don Simón adolecía en realidad; no se cebaron solo en las extravagancias que con razón debían echársele en rostro; no se encarnizaron solo contra la irregularidad de costumbres que verdaderamente podían serle imputadas.

Pasaron mucho mas allá de ese límite, i propalaron contra él calumnias o acusaciones absurdas.

Díjose que era un jugador desatado, que de día jugaba a los dados i de noche a los naipes, i que cuando le faltaban *tercios* jugaba solo; que se había robado monjas de los conventos; que se entretenía en destruir templos para emplear la madera en muebles de sus salones.

Susurróse que era un hereje, un franemason, un ateo que no hacía caso de los truenos, ni creía en los *criaderos de plata*.

Estos clamores no tardaron en llegar a los oídos de la autoridad.

En aquel momento, Bolívar, que quizá habría sostenido a su maestro, se hallaba ausente del país, i el jeneral Sucre, que había quedado a la cabeza del gobierno, no tenía los motivos del libertador para guardar consideraciones a don Simón.

Sucre además sabía por esperiencia que no eran embustes todas las ridiculeces i excentricidades que se atribuían a Rodríguez.

Cierto día había sido convidado él mismo por este último para una comida que había preparado en su obsequio.

Cuando el ilustre jeneral acompañado de su estado mayor, se había presentado en el sitio designado, había notado con asombro que la mesa estaba cubierta, no de faentes, sino de esos tiestos que sirven para el uso menos poético de la vida. (Permítaseme que en honor de la decencia recurra a esa figura de que tanto abusó el abate Delille.)

Don Simón no tenía vajilla.

Para proveerse de ella, había ido a una tienda de loza; i habiendo visto una colección de esos utensilios que no quiero nombrar, los había encontrado aparentes para el objeto i los había comprado.

¿Por qué se había de dar tanta importancia a la forma de las soperas i fuentes?

Escusado me parece advertir que Sucre i sus compañeros no fueron en esto de la opinión del dueño de casa, i que no consintieron en probar bocado, aunque don Simón les aseguró que aquellos tiestos se estrenaban por la vez primera.

Este rasgo descubre lo que faltaba a don Simón.

Hombre de naturaleza incompleta, era capaz de concebir lo *útil*, pero no lo *bello*.

Sucre tenía, pues, antecedentes para prestar crédito a lo que se decía contra el director de la escuela de Chuquisaca, i ordenó una visita de inspección.

Tocó, no sé si de intento o por casualidad, que don Simón estuviera en Cochabamba, cuando el señor Calvo, prefecto del departamento, comisionado para inspeccionar el establecimiento, vino a visitarlo con gran pompa, vestido de uniforme i acompañado del secretario.

Calvo, que probablemente traía su resolución tomada, examinó la escuela i los alumnos; i en seguida mandó que la escuela se cerrara; que los alumnos se volvieran a sus casas; i que se dijera a don Simón cuando regresara, «que se le habían

confiado aquellos niños para enseñarles a leer, no para hacerlos albañiles.»

El prefecto creyó, i el público fue de la misma opinión, que mas que la escuela del reformador venezolano, planteada de una manera tan orijinal, valían una casa de misericordia bien organizada i unas buenas escuelas de Lancáster, donde sus hijos aprendieran a leer, escribir i contar.

Procuraron, pues, fundar su hospicio i sus establecimientos primarios arreglados a los métodos conocidos i practicados en el mundo, i se consideraron mui gananciosos en haber cambiado por instituciones de esta especie la escuela de Chuquisaca, cuna de la verdadera república, según los que la habían creado.

Fácil es concebir el despecho de don Simón cuando a la vuelta de su viaje encontró arruinado por un decreto del prefecto el edificio que tanto le había costado levantar.

Jamás pudo perdonar a Calvo que hubiera llamado aprendices de albañiles a los aprendices de ciudadanos, ni que hubiera reemplazado una escuela social por esas *escuelas de vapor*, decía, inventadas por Lancáster, a imitación de las *sopas a la Rumfort*, que se acostumbra dar en los hospicios.

«Con pocos maestros, continuaba, i algunos principios vagos, se instruyen en ellas muchachos a millares, casi de balde; i salen sabiendo mucho, así como con algunas marmitas de Papin i algunos

huesos engordan millares de pobres sin comer carne.»

A impulso de la rabia, no escaseó las imprecaciones i denuestos contra Calvo, a quien comparó con Herodes en su degollación de niños, i a quien amenazó con la execración de la posteridad en esta vida i los tizonazos del infierno en la otra.

Sus gritos nada le valieron, i al fin tuvo que callarse.

La resignación es una virtud que la necesidad obliga a practicar al débil cuando combate contra el fuerte.

De Bolivia don Simón pasó al Perú con el proyecto de difundir por la prensa sus ideas de regeneración social.

No podía conformarse con que sus pensamientos se desvanecieran en el olvido, como su cadáver había de podrirse bajo la tierra.

«Escribamos para nuestros hijos, decía; pensemos en su suerte social; dejémosles *luces* en lugar de *caudales*; la ignorancia es mas de temer que la pobreza; el único medio de que nuestros descendientes no nos olviden, es legarles libros donde se hallen consignadas las verdades descubiertas por nosotros.»

Esta idea de la gloria, esta idea de vivir en el recuerdo de los hombres, es una idea que aparece de continuo en la pluma de don Simón.

Es ciertamente estraña, i mui digna de meditar-

se, esa ansia de inmortalidad terrena en un materialista como él.

La inmortalidad para don Simón no es mas que una sombra de la vida, que cada uno se empeña por prolongar hasta donde alcanzan sus miradas, en la serie de los años.

El hombre sensible se complace figurándose su existencia dilatada en el interminable espacio de los tiempos, como se complace en ver desde una altura sucederse los valles, los bosques i los montes en la lontananza de un horizonte sin fin.

Pero, aunque la gloria, la inmortalidad, no fuera ante su juicio perturbado, mas que una sombra, don Simón quería que su vida arrojara esa sombra.

«Es un efecto de la imaginación, decía, pero que alimenta el espíritu, como lo eran el néctar i la ambrosía de que se alimentaban los dioses del paganismo.»

De aquí provenía que le causara tanta amargura el pensamiento de morirse sin haber publicado su sistema.

«La meditación i la experiencia, repetía, me han suministrado luces. Necesito un CANDELABRO donde colocarlas. Ese CANDELABRO es la *imprensa*.»

Con esa constancia tenaz de todo pensador convencido, buscó por todos lados los medios de costear la edición de una obra que tendría por asunto las *luces i virtudes sociales*, que enseñaría a los lectores el modo de alcanzar la felicidad, i que aseguraría al autor una fama imperecedera.

Publicó un prospecto, la introducción aún; pero los suscriptores no vinieron.

Don Simón había nacido bajo una mala estrella.

Funda una escuela para probar la virtud de sus ideas por los resultados; i esa escuela cuenta su duración por días.

Principia a imprimir un libro para hacer adoptar el mismo sistema por razones; i la publicación de ese libro no pasa de las primeras páginas.

Del Perú don Simón se vino a Chile siempre con el mismo pensamiento, siempre en prosecución de igual objeto.

En Chile, corrió poco mas o menos idéntica suerte a la que había corrido en el Perú.

Consiguió publicar algunas páginas mas de su libro; pero no fueron sino algunas páginas mas.

El cuerpo de la obra continuó inédito.

La vida de nuestro héroe durante varios años me es casi enteramente desconocida.

En 1840, le encontramos establecido en Valparaíso.

Un extranjero de un talento sobresaliente, Mr. Luís Antonio Vendel-Heyl, a quien un viaje trajo a Chile, a quien un naufragio arrojó sobre nuestras costas, i a quien la muerte fijó para siempre en nuestro suelo, va a ponernos de nuevo en comunicación con este ente orijinal.

Mr. Vendel-Heyl era un sabio mui distinguido, que tenía un conocimiento profundo en los idiomas clásicos, que había desempeñado durante años una

clase en el colejo de Luís el Grande en París, i que había compuesto obras de enseñanza sumamente apreciadas.

No estará demás advertir que, dotado de un alma ardiente i de un espíritu novedoso, había abrazado con calor las doctrinas sansimonianas, que durante cierta época tuvieron en Francia mucho auge.

Indispuesto por esta causa con el gobierno de Luís Felipe, que trataba de darle un destino de inferior categoría, se había incorporado en la expedición que en la fragata *Oriental* se proponía dar la vuelta al mundo.

Habiendo llegado a Concepción, el ilustre viajero leyó por casualidad en un cuaderno titulado: *Las sociedades americanas*, escrito por Simón Rodríguez, este pensamieto completamente sansimoniano:

Fin de la sociabilidad—hacer menos penosa la vida.

La lectura de esta máxima, que formaba uno de los dogmas de su credo político i relijioso, le dio deseos de conocer al autor de ella.

Tomó informes acerca de aquel individuo i supo que residía en Valparaíso.

Como la *Oriental* debía arribar a este puerto, resolvió no continuar su viaje sin visitar a Rodríguez, i como éste había residido durante algún tiempo en Concepción, no fue difícil a Vendel-

Heyl proporcionarse entre los habitantes de esta ciudad cartas de introducción para don Simón.

Apenas la *Oriental* ancló en Valparaíso, Vendel-Heyl, para cumplir su deseo, saltó a tierra i se dirijió a visitar a uno de sus hermanos en relijión, que la suerte le deparaba en el paraje donde menos debía esperarlo.

Una página del *Diario* que llevaba Vendel-Heyl, va a permitirnos asistir a la conferencia que tuvieron.

Me tomaré si la libertad de hacer algunas modificaciones en la redacción, sin alterar las ideas sustanciales, porque esa página, escrita a la lijera, tiene la incorrección i el desorden de un simple apunte de cartera.

«Valparaíso, viernes 29 de mayo de 1840.»

«Apenas almorcé (cuenta Mr. Vendel-Heyl en su diario en la fecha correspondiente a este día), bajé a tierra. Desembarqué en un muelle de madera en bastante mal estado, donde noté la falta de una tabla que formaba un agujero, en el cual uno podría mui fácilmente romperse una pierna, o deslizarse de cuerpo entero en el mar.

«Tomé al oeste siguiendo la calle del *Puerto* i habiendo llegado a una plaza cuyo nombre ignoro, subí a un *ómnibus* para hacerme conducir al *Almendral*, a casa de don Simón Rodríguez.

«El *ómnibus* me dejó en un plaza que, según creo,

se llama *plaza de Orrego*. Me volví hacia la derecha, i tomando una callejuela que conduce a los cerros, me encontré en la casa del hombre a quien buscaba.

«Hallábase en medio de algunos alumnos a quienes daba, si no me engaño, una lección de matemáticas. Luego que supo que yo quería hablarle, me hizo atravesar de nuevo el patio por donde había entrado, i después de haberme llevado a su cocina, adonde necesitaba pasar para encender un cigarro, me introdujo a lo que él llamaba su gabinete.

«Era este un aposento en el cual no había mas muebles que un bufete, una mesa i dos sillas. Encima del bufete, se distinguían algunos diarios i algunos pliegos de papel, que estaban atestiguando que el dueño de casa era un escritor i que trabajaba. Por aquí i por allí, había algunos libros; pero no se veía nada que se asemejara a una biblioteca, aunque fuera pequeña.

«La intimidad se estableció bien pronto entre nosotros.

«Don Simón principió por leerme la continuación de ese cuaderno titulado *Sociedades americanas*, que había despertado mi curiosidad en Concepción.

«Le hablé entonces de la analogía que había entre sus ideas i las de Fourier i San Simón. No había oído sus nombres, sino poco tiempo antes; i no había leído sus obras. Los sabios franceses con quienes mas relaciones había tenido durante su per-

manencia en Francia, habian sido nuestros viejos profesores del *Jardin de plantas*, los señores Vauguelin i Faugeas de Saint Fond, en cuya casa recordaba haber visto a Brard.

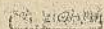
«Coversando de estas cosas, me contó que en el curso de sus viajes, que mui joven todavía le habían conducido a muchas rejiones de Europa i América, había descubierto el muriato de hierro nativo, del cual hai depositada una muestra en el museo de historia natural bajo el nombre de *Samuel Robinson*, en que figuran las iniciales de su nombre i apellido. Con motivo de haber aludido por la circunstancia mencionada al nombre que llevaba, creí deber hacerle el cumplimiento de observarle que en su nombre se encontraban reunidos el de San Simón i el de los primeros discípulos de este reformador, Eujenio i Olindo Rodríguez.

«Me puse entonces a hablarle de los dogmas relijiosos del sansimonismo.

«Me escuchó sin asombro; pero manifestó que sus creencias a ese respecto eran diversas.

«Poco importa, le respondí yo, la diversidad de los medios con tal que la moral sea la misma i el objeto idéntico. Lo esencial, como usted dice en su cuaderno, es hacer la vida cuanto mas feliz sea posible para sí i para los demás.

«Sin duda, continuó él; aquellos que piensan de otro modo, se asemejan a jentes que, oyendo a un viajero pedirle una buena cama, le contestasen: «¿qué necesidad tiene de un lecho i de coberturas



en nuestra casa, usted que parte mañana?»—No! por poco que sea el tiempo que yo deba permanecer en esta posada de la tierra, sea un año o un día, quiero vivir bien, quiero poder comer en buena mesa, i acostarme en buena cama. La brevedad del tránsito no es razón para estar incómodo cuando uno podría no estarlo.

«De las ideas jenerales, nuestra conversación descendió a la situación privada de mi interlocutor.

«Don Simón Rodríguez estaba rejentando una escuela en Valparaíso. Su establecimiento, que no contaba mas que año i medio de existencia, había alcanzado a tener en cierta temporada hasta cincuenta alumnos, entre ellos seis costeados por la municipalidad; pero en aquel momento había decaído hasta el extremo de no ser concurrido sino por diez i ocho.

«La disminución de discípulos había traído la disminución de rentas.

«Don Simón estaba reducido a la mayor escasez. Después de tantos viajes i estudios que habian consumido su fortuna, el pobre hombre se hallaba condenado a no salir de su casa, porque no tenía mas que la chaqueta, un pantalón de tela grosera i el viejo sombrero que llevaba cuando le vi.

«Ni siquiera podía tener el consuelo de publicar el fruto de sus meditaciones, el resultado de esas observaciones a que lo había sacrificado todo. No encontraba ni editor, ni suscriptores para sus obras.

«Solo pedía cinco reales por entrega, i aún así no había podido reunir mas que doscientos suscriptores, necesitando cuatrocientos.

«El origen del descrédito i abandono en que había caído, eran sus relaciones ilícitas con una india, de quien había tenido dos hijos, a quienes amaba i que regocijaban sus viejos días, como si los hubiera tenido de una europea de pura sangre. Había querido despreciar la opinión del mundo, que, volviéndole desprecio por desprecio, no se dignaba fijar la atención en tal individuo, i le entregaba sin piedad a la miseria.

«El rigorismo de costumbres de un pueblo que no había podido tolerar que un maestro de escuela tuviera una querida, hizo recordar a don Simón el puritanismo de Inglaterra; lo que le llevó a disertar acerca de esta última nación.

«El juicio que emitió sobre ella, me pareció exacto.

«Los ingleses, me dijo, forman un pueblo de mercaderes codiciosos, que no se ocupa en ilustrar a los demás pueblos, sino en convertir en provecho propio los hábitos i preocupaciones que observa en ellos. Si los ingleses ven que las otras naciones comen tierra, finjen comerla también para reservarse el derecho de vendérsela. Son a los franceses i a los otros pueblos de origen latino lo que Sancho Panza es a don Quijote».

Tal es el resumen de la conversación que tuvie-

ron el viajero discípulo de San Simón, i el socialista americano maestro de Bolívar.

El 23 de junio, la fragata *Oriental* salía del puerto, haciéndose a la vela para el Perú.

La tripulación i Mr. Vendel-Heyl creían que aquella iba a ser probablemente la última vez que sus ojos debían contemplar las costas de Valparaíso, i que aquel punto del territorio chileno sería una de las muchas comarcas que en el curso de sus correrías habían dejado a sus espaldas.

Sin embargo, no debía ser así.

A los pocos instantes después de haber zarpado, un naufragio traía de nuevo los pasajeros de la *Oriental* al puerto de donde acababan de salir.

Al día siguiente, en el momento en que Mr. Vendel-Heyl marchaba con los restos de su equipaje a depositarlos en casa de un amigo, se encontró con don Simón Rodríguez, que iba a la playa con algunos de sus alumnos a ver si en algo podría servir a los náufragos.

Vendel-Heyl, tan luego como pudo, pasó a casa de Rodríguez, tanto para darle las gracias, como para manifestarle el deseo que sentía de asociarse con él, i ayudarle a levantar su desprestijiada escuela.

Don Simón rechazó la oferta porque la juzgó perjudicial para el que la proponía.

Estaba demasiado desconceptuado en la opinión de los habitantes para que su nombre, en vez de atraer alumnos, no fuera un motivo de alejarlos.

Había resuelto, además, cerrar el establecimiento que dirigía.

El gobierno acababa de pedirle ciertos datos sobre su escuela.

Don Simón que había creído descubrir en esto el principio de una inspección, talvez hostil, de todos modos molesta, había contestado al gobernador de Valparaíso que desde aquel momento cesaba de ser preceptor.

Don Simón concluyó ofreciendo a Vendel-Heyl que dispusiera de su casa i de sus bienes.

Vendel-Heyl le reprochó entonces que no supiera plegarse a las circunstancias, i que estuviera tan preocupado por la propagación de sus ideas, que, no obstante profesar una filosofía materialista, descuidaba la vida material i positiva mas que los mismos espiritualistas.

«Usted es, terminó diciéndole, un ejemplo mas de la contradicción que casi siempre existe entre los principios i la conducta de los filósofos».

«Tiene usted razón, replicó don Simón; yo, que desearía hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. Pero ¿qué quiere usted? La libertad me es mas querida que el bienestar. He encontrado entretanto el medio de recobrar mi independencia i de continuar *alumbrando* a la América. Voi a fabricar velas. La profesión de velero es mas noble de lo que a primera vista podría parecer. En el siglo de las *luces*, ¿qué

ocupación puede haber mas honrosa, que la de fabricarlas i venderlas?»?

Efectivamente, a los pocos días, don Simón Rodríguez, que, según el testimonio de Vendel-Heyl, había aprendido, bajo la dirección de los mas ilustres profesores de Francia, la física, la química, la jeología i tantas otras ciencias, estaba asociado a un fabricante de velas en Valparaíso, i había cambiado por la industria la carrera del preceptorado.

El mismo se reía de su estraña metamorfosis, i decía que podía inscribirse en la puerta de su casa, como en la portada de sus libros:

Luces i Virtudes americanas,
esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo.

¿Cuánto tiempo permaneció don Simón entregado a semejante ocupación?

¿Cuándo i por qué se alejó de Chile?

¿A dónde se fue?

¿Qué correrías emprendió todavía?

¿Qué penalidades tuvo que soportar?

¿Qué aventuras compusieron la restante existencia de hombre tan estraordinario?

Otros se encargarán de responder a tales preguntas, porque yo he perdido el rastro de la vida de Rodríguez desde su entrada en la fábrica de velas.

La última noticia que he recojido sobre él, es un corto aviso que publicó el *Heraldo de Lima*

anunciando que había fallecido en un puerto del Perú llamado Huaimas, a mediados de marzo de 1854.

En 1840, el mismo don Simón había dicho a Vendel-Heyl que contaba mas de setenta años de edad, lo que le da mas de ochenta i tres a la época de su muerte.

II

SUS IDEAS

En 1823, don Simón Rodríguez, después de largas correrías por Europa, regresó a América trayendo en la cabeza una idea que él estimaba tan importante en el orden moral, como lo había sido en el orden físico la presunción de la existencia de un nuevo mundo por Cristóbal Colón.

Esa idea era nada menos que la creación en América de una *sociedad* que asegurase la dignidad i el bienestar de los hombres.

La realización de esa idea debía producir algo de extraordinariamente bueno, algo que nunca había habido en la tierra, algo que hasta entonces no había existido sino vagamente en los sueños de los poetas.

Don Simón Rodríguez había descubierto el secreto de cambiar nuestro continente en un paraíso, de convertir nuestro siglo en una edad de oro.

Para ejecutar ese magnífico proyecto, traía la concepción de un libro en el cual se proponía desarrollar su pensamiento, i la voluntad de dirigir en persona los primeros experimentos.

Encontró, desde luego, un auxiliar poderosísimo para su intento.

Simón Bolívar, que entonces imperaba en el mediodía de la América, i que era, como lo saben mis lectores, discípulo de Rodríguez, acogió la idea de su maestro, i determinó llevarla a cabo.

Escojióse a Chuquisaca en Bolivia como teatro del primer ensayo.

Don Simón Rodríguez tuvo a su disposición todos los elementos precisos, i dio principio a la obra; pero Bolívar se vio obligado a ausentarse del país.

El jeneral Sucre, que le sucedió en el gobierno, recibió malos informes del establecimiento dirigido por el reformador, i lo mandó cerrar.

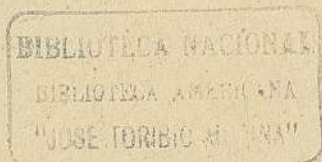
He referido esta incidencia anteriormente i de una manera mas circunstanciada.

Don Simón Rodríguez tenía un convencimiento demasiado profundo de la bondad de su sistema para dejarse abatir por un revés.

Buscó como alcanzar con los escritos lo que no había podido lograr con los experimentos; i trató de ganar prosélitos con el raciocinio, ya que no había podido ganarlos por la acción.

En 1828, publicó en Arequipa la introducción, o el *Prologo* como él la llamaba, de su libro.

El título i el plan de esta obra orijinal están espresados en la curiosa página que copio a continuación:



SOCIEDADES AMERICANAS

en 1828

*cómo serán i cómo podrían ser
en los siglos venideros.*

(Epígrafe)

*En esto han de pensar los americanos,
no en pelear unos con otros*

TEMA

Las sociedades han llegado a su pubertad: ni pueden ser monárquicas como lo eran, ni republicanas como se pretende que lo sean.

Dedúcese

que deben gobernarse $\left\{ \begin{array}{l} \text{sin Reyes} \\ i \\ \text{sin Congresos,} \end{array} \right.$

advirtiendo que . . .

Monarquía republicana

o

República monárquica

no es la resultante que se pretende determinar:

no es tampoco

*el gobierno democrático de algunos pueblos de
la antigüedad.*

División de la obra

1.^a parte—El suelo i sus habitantes.

Estado $\left\{ \begin{array}{l} \text{económico} \\ \text{moral} \\ \text{civil i} \\ \text{político} \end{array} \right\} \left\{ \begin{array}{l} \text{necesidad de una re-} \\ \text{forma} \end{array} \right.$

2.^a parte— $\left\{ \begin{array}{l} \text{Medios de reforma que se} \\ \text{han tentado hasta aquí.} \end{array} \right\} \left\{ \begin{array}{l} \text{su insuficiencia.} \end{array} \right.$

3.^a parte—Nuevo plan de reforma.

4.^a parte— $\left\{ \begin{array}{l} \text{Medios que se deben emplear en la} \\ \text{reforma. Métodos i modos de pro-} \\ \text{ceder en los métodos.} \end{array} \right.$

La novedad del estilo i de las ideas despertó algún tanto la atención del público; pero por entonces el libro se quedó en la introducción.

Tres años mas tarde, estando don Simón en Lima, creyó poder continuar la edición de su trabajo, dándolo a luz por entregas i por suscripción.

Al efecto, distribuyó un programa, al cual debió reunir cierto número de suscriptores, pero no los suficientes.

La escasez de recursos pecuniarios le obligó por segunda vez a retardar la publicación de su libro.

Desde esa época, así como Colón anduvo pidiendo a los monarcas auxilios para darles un nuevo imperio, así don Simón Rodríguez se puso a buscar de potentado en potentado un protector para difundir por la prensa el gran proyecto que había concebido, aquel del cual debía resultar la organización de la verdadera república.

Pero mas desgraciado que el navegante jenovés, no pudo descubrir sus reyes católicos, ni una doña Isabel que tomara el arbitrio de vender sus joyas para proporcionar al pensador venezolano, no barcos, sino la imprenta que él necesitaba.

Bolívar, el único, según Rodríguez, que hubiese comprendido su sistema, había dejado de existir.

El libertador de Colombia había tenido sucesores en el poder, pero no en la cooperación que había ofrecido a su maestro.

«Murió Bolívar! esclamaba don Simón; desde

entonces yo vivo vagando en el olvido. Murió Bolívar! i el proyecto de república se sepultó con él».

Al cabo, casi tocando el último rincón de la América Española hacia el sur, como se espresaba el mismo don Simón, las ideas sociales vinieron a hallar la protección que habian andado buscando por espacio de once años en partes mas pobladas.

El intendente de la provincia de Concepción de Chile don José Antonio Alemparte, creyendo que la obra podía ser provechosa, protejió su publicación, pero a condición de que se principiara, no por la primera de las partes de que debía constar, sino por la última, que debía ocuparse en los *medios de la reforma, en los métodos i en los modos de proceder en los métodos*.

Rodríguez convino en la alteración que proponía el intendente de Concepción, i dio a luz la *introducción* de la cuarta parte.

Mas estaba condenado a quedarse en las introducciones.

En Arequipa, había impreso la introducción de la obra, i no había podido pasar adelante.

En Concepción, imprimió la introducción de la cuarta parte, i tampoco pudo continuar.

Estos reveses no desanimaron a don Simón, que prosiguió viajando de república en república para hallar quien quisiese ayudarle a costear la edición de sus ideas.

Todas sus peregrinaciones fueron inútiles; todas sus solicitudes fueron vanas.

Ningún gobierno quiso escucharle; ningún individuo quiso protegerle.

«Ando paseando mis manuscritos, decía don Simón, como los italianos pasean sus tutilimundis.— Soi viejo, i aunque robusto temo dejar de un día para otro un baúl lleno de ideas para pasto de algún gazetero».

Rodríguez sabía mui bien que en Europa donde todo se imprime i donde hai lectores para todo, especialmente para lo que tiene el atractivo de la orijinalidad, no faltarían editores a su obra; pero la impresión de ésta en alguno de los países europeos habría exigido su presencia en él; i no se conformaba con separarse, en el último tercio de su vida, de la América, que era donde únicamente creía posible la realización de sus ideas.

«Me han ofrecido, escribía, llevarme de balde a Europa o a los Estados Unidos, i al pensar que voi a alejarme para siempre, me sucede lo que al amante que riñe con su querida.—Con una falsa sonrisa se despide de ella, asegurándole que ya la tiene olvidada.... Sale.... pero con pies de plomo, esperando que la dama lo llore, i a cada paso que da le parece que lo llama.»

Sin embargo, el tiempo trascurría, i su querida continuaba en cantar i en no hacer caso de don Simón, que suspiraba aguardando en vano que los otros cortejos dejasen de ser preferidos a él.

Don Simón principió a aflijirse con el recelo de que fuera a quedarse cerrado para siempre ese *baúl*

de ideas donde, según él, estaba guardado el porvenir venturoso de la América.

«Temo morirme, repetía, sin dejar mi obra publicada; si así sucede, yo habré perdido un poco de gloria que pronto se olvida en el sepulcro; pero los americanos habrán perdido algo mas, pues no puede serles indiferente

el ser señores de su suelo,
o el cultivarlo para sus señores;
el conservar un nombre que los recomiende,
o el tener que tomar otro para existir».

El *baúl de ideas* de don Simón, que nadie tenía curiosidad de abrir, contenía los medios de hacer que los hombres vivan en los siglos venideros de otro modo...que en...los pasados; esto es, contenía entre otras cosas admirables, los medios de que fuesen señores de su suelo i de que tuvieran un nombre propio.

Aquel baúl encantado encerraba la gloria i la utilidad de los americanos.

Sin embargo, fueron mui reducidas las personas que pidieron la llave a don Simón, que estaba dispuestísimo a franqueársela a todo el mundo, que lo deseaba aún ardientemente, que no tenía otro pensamiento que el de participar a todos la riqueza inapreciable que guardaba aquella caja.

Don Simón Rodríguez, el creador de la idea maravillosa que debía rejenerar la América, ha muerto, como había muerto Simón Bolívar, el sostenedor de la misma.

¿A quién ha legado el baúl donde guardaba su prodijioso descubrimiento?

No lo sé.

¿En qué consistía ese descubrimiento?

Tenemos para averiguarlo la introducción de la grande obra en que don Simón iba a esponerlo, publicada en Arequipa, i la introducción de la última parte de la misma obra publicada en Concepción.

Esas dos introducciones, si no nos ofrecen todos los desarrollos de la idea, nos dan el cuadro completo de ella.

«La obertura en las operas, decía don Simón, no es una sinfonía de capricho, sino un preludio de toda la obra. Si es que está bien hecha, los músicos de profesión reconocen los principales rasgos de la pieza i entran en la intención del autor.

Así han de ser { el prólogo de un drama,
 { el prefacio de un libro,
 { el proemio de un tratado,

que preparan a la exposición, i a veces son la exposición misma».

La teoría del autor sobre las introducciones ha hecho que todo su sistema se halle contenido en las dos que nos ha dejado, aunque no haya impreso el libro que debía presentar todos los desenvolvimientos i pormenores necesarios.

Para ayudarnos a comprender ese sistema, tenemos además otros tres escritos de don Simón, que llevan los siguientes títulos:

El libertador del mediodía de América i sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social, redactado en 1828 dado a luz en 1830;

Carta a cinco bolivianos a la caída de la confederación Perú-Boliviana.—1839; i

varios artículos publicados en 1840 en el *Mercurio* de Valparaíso.

Los datos que contienen esos cinco escritos, son los que van a servirme para dar a conocer el sistema social de don Simón Rodríguez.

Pero antes hablaré de su ortografía i de su estilo, que no son menos originales que sus ideas.

El discurso hablado o escrito, según don Simón, comprende dos cosas: la pronunciación de las palabras i la expresión de los pensamientos, la articulación de las voces i la modulación de la voz.

La escritura, por lo tanto, debe tener signos para una i otra cosa.

En cuanto a los signos que marcan la pronunciación de las palabras, la ortografía castellana necesita reformas i puede admitirlas; pero los españoles no quieren una ortografía perfecta.

«Alegan para ello muchas razones; pero ninguna de conveniencia. Quieren, por ejemplo, que los signos no tengan valores determinados—quieren escribir mas de lo que leen—o escribir de un modo i leer de otro, o distinguir escribiendo lo que no distinguen pronunciando, etc.

«*Limpia, fija i da esplendor*, es el mote de la Academia;

«Pero no se limpia de signos inútiles el alfabeto, pero no se limpian las cajas de la imprenta de todas las letras viejas para que no haya especies i variedades de líneas i formas.

«Un signo para cada articulación...i siempre el mismo.. sería preferible a la profusión de caracteres que lucen en la portada de un libro. Letras cuadradas i redondas, con cola, con pelos i con dientes, unas acostadas i otras en pie, son buenas para ejercitar el buril, no los ojos. Si se *limpiase* el alfabeto podría *fijarse*; i ya fijo, se conservaría invariable: entonces tendría el esplendor de la claridad».

Con arreglo a estos principios, don Simón destierra toda letra que como la *h* o la *v* no se pronuncia, i quiere que no haya dos o mas letras para un solo sonido, como sucede con la *k*, la *q* i la *c* delante de *a*, *u*, *o*.

Debe escribirse como se habla, i no complicarse inútilmente el alfabeto.

En cuanto a los signos de la segunda especie, don Simón es todavía mas inventivo, como puede verse por la esposición que voi a hacer de sus opiniones sobre esta materia.

Ni los españoles ni los otros pueblos usan signos que indiquen el tono, el acento, la modulación de la voz.

Sin embargo, la utilidad de ellos no podría ponerse en duda con fundamento.

Leer es resucitar ideas; i para hacer esta especie de milagro, es menester conocer los espíritus de las

difuntas, o tener espíritus equivalentes que subrogarles.

Esto no se conseguirá, si no se pintan los pensamientos bajo la forma en que se conciben.

En el modo de pintar, consiste la espresión, i por la espresión se distinguen los estilos.

No se han de ensartar las ideas en un renglon, como las perlas de un collar—porque todas no son unas.

El que lee debe { los signos de las cosas i las
ver en el papel } divisiones del pensamiento.

Sin esto, no lee bien.

Ahorrar papel es ahorrar espresión; i el lector en lugar de despertar la atención por la variedad de tonos i de *tiempos*...la adormece por la *monotonía* i el *isocronismo*.

El hombre mas rústico sabe dar a las palabras en la conversación la acentuación que les corresponde; i el mas sabio peca contra las reglas leyendo: habrá escepciones por una i por otra parte, pero pocas.

El *tonillo* de la lectura es mui conocido.

No echar de ver que el que está diciendo un escrito está *leyendo*, es cosa mui rara.

¿Por qué será?

Porque es difícil que el que está leyendo penetre las ideas o se identifique con los sentimientos del autor sin tener signos que le guíen.

Hai dos especies de lectura: la de *despacho* i la de *gusto*; la primera es para escritorios, escribanías,

relatorias, secretarías, porque es para informar, ayudando la memoria; la segunda es para instruir, excitando emociones.

¿Qué hacer para que la lectura sea de *gusto* mas frecuentemente de lo que ahora lo es, i no de *despacho* como casi siempre?

Adoptar con el discurso escrito el mismo sistema que se sigue en la música: gastar todo el papel necesario para ayudar al lector a descifrar los conceptos que ha de espresar.

Don Simón, como puede observarse en los trozos suyos que he copiado i en otros que copiaré ha intentado conseguirlo valiéndose para ello de llaves, puntos suspensivos, tipos diversos por la forma i el tamaño i de renglones seguidos o cortados.

Las ideas de Rodríguez sobre la ortografía de las palabras son sumamente exactas i admisibles; son las que profesan en el día todos los gramáticos de distinción, i las que convendría que se pusieran en práctica cuanto antes.

Sus ideas sobre la ortografía de las frases son igualmente verdaderas; pero mas difíciles de aplicar que las otras.

Sería costoso descubrir un sistema de signos para las modulaciones de la voz, que todo el mundo pudiera manejar sin embarazo.

No obstante, la cosa no es imposible, i la dificultad no es un argumento decisivo contra nada.

Es curioso que don Simón Rodríguez, como al-

gunos de los reformadores europeos, haya pensado a la vez en mejorar la ortografía i la sociedad.

El estilo de Rodríguez es tan particular, o mas talvez, que su sistema ortográfico.

Desde luego pone el mayor cuidado en emplear las palabras en su sentido mas exacto, en el primitivo si es posible.

«Así como en el *comercio de cosas*, dice, hai monedas que representan los *valores*—así en el *de las ideas* hai signos establecidos que tienen sus *valores también*. Ni los muchachos dan una moneda por otra en sus compras—No puede asegurarse que suceda otro tanto con las *palabras* i con las *expresiones*».

Esta idea fundamental para él, le ha llevado a colocar en la portada de una de sus obras el siguiente epígrafe:

*El conocimiento de las palabras
es obligación del que escribe
como...del que lee.*

La infracción de esta regla produce, según don Simón, no solo inconvenientes literarios, sino males sociales.

«El sentido primitivo de la palabra PARTIDO, escribe en uno de sus artículos, es

UN TODO HECHO PARTES.

Es consiguiente que las partes ESTÉN opuestas, porque quedan unas enfrente de otras, hasta ha-

berse separado o apartado; pero no que SEAN opuestas, porque entre las partes que componen un todo no puede haber REPULSIÓN, que es el sentido que jeneralmente se da a la palabra OPOSICIÓN.

«La política quiere, no obstante, que PARTIDO sea PARTE CONTRARIA, i de esta acepción viene ESPÍRITU DE PARTIDO tomado en mala parte, como se toma injustamente SISTEMÁTICO por el que hace todo con sistema. ¡Ojalá todos tuvieran este defecto, i que el sistema de todos fuera el mismo!

«Signifique la palabra PARTIDO *oposición*, pero no ENEMISTAD, como lo entiende el vulgo, porque, sabiendo todos que en la enemistad se enjendra el odio, i que el odio dejenera en aborrecimiento, concluyen que el que aborrece sabe ofender, i que la ofensa pide venganza. Casi no hai caso en que la venganza no se considere justa— por consiguien-te, todo el mal que puede hacerse al enemigo es permitido.

«Se empieza minando la reputación—con ésta cae el crédito, se pasa a atacar el honor, i de allí el dar con la persona cuesta poco— a este término lleva la mala interpretación de una voz».

Esta exactitud que don Simón busca en las palabras, procura alcanzarla también en las frases.

Para ello, da a sus pensamientos una forma aljébrica, acercándose en cuanto puede a los procedimientos del lenguaje matemático.

Enuncia secamente cada idea i las consecuencias

que de ella se deducen, sin fijarse ni en desarrollarlas, ni en embutirlas unas en otras.

Hai entre su estilo i el del común de los hombres la misma diferencia que entre un cuerpo revestido de la correspondiente carne i un esqueleto.

Los escritos de don Simón Rodríguez parecen cuadros sinópticos, o materializando mas la expresión, parecen simples cimientos sobre los cuales falta todavía que levantar el edificio respectivo.

El único adorno que de cuando en cuando interrumpe la sequedad de los aforismos que emplea, es algún apólogo, o cuentecito tomado de las cosas vulgares, que sirve de ejemplo, o de explicación a la doctrina.

Don Simón creía que un sistema como el suyo que define todas las palabras importantes i que presenta las ideas en toda su desnudez suprimiendo los accesorios de toda especie, era sumamente claro i fácil de comprender.

No quería asemejarse a los médicos que recetan *agua tibia* en latín.

Pero nadie mas bien que don Simón ha mostrado que los extremos se tocan i que un escritor puede ser tan oscuro por la pretensión de la grandilocuencia, como por la pretensión de una exactitud matemática.

Esa multiplicidad de definiciones algo sutiles de que tanto gusta, confunde en vez de ilustrar.

Esa exactitud rigurosa i descarnada de que hace

alarde, impide seguir el hilo de los raciocinios en vez de marcar mejor la conexión de las ideas.

Esa pobreza de adornos, que es una de sus peculiaridades, quitando la luz i el colorido a los pensamientos, aumenta la dificultad de comprenderlos, en vez de hacerlos mas accesibles a la intelijencia: la desnudez con que los presenta les impide brillar para que sean evidentes.

La exajeración en las calidades de estilo que he señalado, hace de una lectura fatigosa los escritos de don Simón.

Por orijinales que sean sus opiniones, por pican-
tes que sean sus espresiones, por cáusticas que sean
sus agudezas, uno no puede recorrerlos largo tiem-
po sin cansancio.

Hai que hacer poco mas o menos, para seguir la
serie de sus peducciones, el mismo esfuerzo que para
estudiar el desenvolvimiento de algunos de los cál-
culos del álgebra.

Esa falta de atractivo que nace de la falta de cla-
ridad, es la causa verdadera de la poca fama que han
gozado las obras de un pensador que de todos mo-
dos merecia ser escuchado.

Don Simón no ha tenido lectores, porque, si no
ha empleado vocablos latinos para recetar agua
tibia como ciertos médicos pedantes, ha intentado
por un estravío diferente aplicar al lenguaje de la
política fórmulas que no vienen bien sino al de las
matemáticas.

Pero ya que he dado a conocer la ortografia

i el estilo de nuestro autor, es tiempo de que penetre mas adentro, i de que principie la esposición de sus ideas.

Lo que va a leerse, es la sustancia de sus escritos, que entresaco de todos ellos.

A veces emplearé en este extracto sus mismas frases; a veces solo sus pensamientos; en ocasiones le compendiaré, i en otras le desarrollaré; haré, en fin, todo lo que me parezca propio para esplicar su sistema con claridad i con conciencia, sin añadirle ni quitarle.

Ni la monarquía ni la república convienen en todos lugares ni en todos tiempos.

La América es (en el día) el único lugar donde sea permitido establecer un

GOBIERNO VERDADERAMENTE REPUBLICANO.

Mas, para eso es preciso que no imite servilmente ni a la Europa ni a los Estados-Unidos.

La Europa es IGNORANTE, no en literatura, no en ciencias, no en artes, no en industria, pero sí en política. Un velo brillante cubre en el viejo mundo el cuadro mas horroroso de miseria i de vicios. La grande obra de Europa se ha hecho sin plan—se ha fabricado a retazos—i las mejoras se han ido *amon-tonando*, no *disponiendo*; el arte brilla mas en los *amaños* que en la *combinación*: las cosas mas sublimes, confundidas con las mas despreciables, hacen un contraste.....bello por la perfección de las *partes*; pero desagradable por la impropiedad del *todo*.

—Lástima da el ver tanto ingenio infructuosamente empleado en reformar—trabajos tan bien calculados, que producen poco o ningún efecto.

Nunca reformará la Europa su *moral*, como reforma sus *edificios*: las ciudades modernas son modelos de gusto i de comodidad—muchas de las viejas van cediendo el puesto a las nuevas; pero los habitantes son siempre los mismos—saben mas que antes; pero no obran mejor—merecen elogios por lo primero, sin ser culpables por lo segundo.

La América Española no puede imitar tampoco a los Estados-Unidos, porque estos dos países no tienen entre sí otra semejanza, que la de llevar en ambos el gobierno un mismo nombre—REPÚBLICA.

En Estados Unidos, no había un hombre (excepto los esclavos de Virginia) que no tuviese ideas de la independencia social; todos habian gozado de ella en Europa; i los que nó, habian venido buscándola. Unos por ser *independientes* i otros por *serlo mas*, habian venido a habitar los desiertos de América. ¿Sucedió otro tanto en las colonias españolas?

El suelo de Estados Unidos está sembrado de ideas liberales —cultivado en todos sus puntos por manos hábiles —protejido por un ambiente de libertad que respiran todos sus habitantes; abandonado el suelo a su propia accion, es incapaz de adulterar sus producciones—el presidente es un fruto del terruño: cada ciudadano, cuando habla, sin afectación dice yo—en la América del sur, al

mas estudiado se le va la lengua i dice MI AMO: en Estados Unidos, los empleos son casi concejiles; se toman como una carga—i los que los solicitan, buscan un medio de hacer brillar su patriotismo, i... los *conocimientos* con que los sostienen.... Entre los hijos de los españoles, se busca el empleo por el título o por la renta, como lo veian hacer a sus padres: allá quieren *servir*, acá quieren *representar*.

Obsérvense las pequeñeces. En Estados Unidos (i esto les viene de los ingleses), el presidente, el ministro i todos los majistrados se llaman por sus nombres—es menester saber que están empleados para distinguirlos de los que no lo están. Entre nosotros, se renuncia el nombre por el título; i así como los capuchinos toman la ciudad en que nacieron por apellido, así los empleados olvidan sus familias por voces de recomendación.

El *señor ministro!* el *señor tesorero!* el *señor vista!* el *señor portero!* ¡i para empavesar estos últimos, les agregan MAYOR, porque *vista MAYOR!* *portero MAYOR!* dicen algo mas.

La América no debe imitar, pues, ni a la Europa, que es ignorante en política, corrompida en sus costumbres i defectuosa en su conjunto; ni a los Estados Unidos, cuyas circunstancias son enteramente distintas de las nuestras. Debe ser ORIGINAL.

Pero nuestros publicistas i gobernantes hacen precisamente lo contrario. Sazonan sus arengas i proclamas con ejemplos de Grecia i de Roma,

(Don Simón escribía esto en 1828—Lo digo porque ya no es de moda citar a la antigüedad.) Imitan en sus planes a Inglaterra. Traen de Estados Unidos sus prácticas... en láminas. En vez de considerar el genio de los americanos, toman en consideración el de los europeos. Todo les viene embarcado.

¿Qué ha resultado?

Que el pueblo ha continuado en la apatía después de la emancipación, como lo estaba durante el régimen colonial; que los presidentes son impotentes; que los congresos son ociosos.

El pueblo no hace nada, i exige que el gobierno lo haga todo.

El gobierno no puede hacer nada, porque el pueblo no le ayuda en nada.

Tres siglos de ignorancia i de abandono han apocado a los americanos, les han quitado toda espontaneidad, los han habituado a la indiferencia i a la inacción.

Los gobernantes que deben instruir, animar i poner en actividad esa masa inerte, tienen que desempeñar una tarea abrumadora.

La carga que gravita sobre los hombros de los directores de las nuevas repúblicas, es tan pesada, que apenas se concebiría que haya en América quienes ambicionen el mando, si no se supiera que hai un país donde se entierra vivas a las viúdas, i donde, sin embargo, nunca falta quien se case.

¿Cuál es el origen de un estado tan calamitoso?

¿Cuál es el remedio de un mal tan grave?

El origen de tan triste situación es que hai REPÚBLICAS SIN CIUDADANOS.

El remedio de un mal tan grave es crear un PUEBLO, que es lo que falta.

El lugar de las instituciones es la opinión pública; la opinión pública está por formarse, i nada se hace por instruir.

Un hombre se excluye *voluntariamente* de toda comunidad parcial cuyas instituciones ignora; i al mismo tiempo se cree apto para ejercer las funciones de ciudadano en la comunidad jeneral, sin *entenderla*. ¿Será de mejor condición una cofradía que la sociedad?

No hai viejo que se eche el escapulario de una hermandad sin estar impuesto en la regla—i el mismo viejo está echando hijos a pares en las calles, sin decirles siquiera lo que es *poblado*.

Un año de *noviciado* exigen los monjes para *profesar*—i en la sociedad nacen los hombres *profesos*.

Todos los males sociales vienen de una incuria tan vituperable. Para ponerles término, declaren los gobernantes la nación en noviciado i ENSEÑEN de *palabra* i de *obra*. Persuádanse los jefes del pueblo que nada conseguirán si no instruyen.

A esta indicación objetan muchos que el gobierno no es maestro, i que para formar un pueblo se necesitan siglos.

Ni lo uno ni lo otro es cierto.

El gobierno debe ser maestro.

Cuando mas se necesitan cinco años para dar un pueblo a cada república.

Pero, para conseguirlo, es preciso algo mas que fundar colejos, algo mas que fundar escuelas de Lancáster. Una nación no cabe en un colejio, mucho menos en una escuela. Las escuelas i los colejos no educan ciudadanos, sino letrados. Con escritores, con literatos, con doctores, no se forman las repúblicas. Los estudiantes saldrán de sus clases con los libros i los compases bajo el brazo a recibir con *vivas* a cualquiera que crean dispuesto a darles los empleos en que hayan puesto los ojos ellos o sus padres.

A cada noticia que reciben los reyes, decía don Simón, del estado de nuestras repúblicas es regular que pregunten:

«I...¿qué están estudiando los jóvenes?... Matemáticas?... historia?... derecho?... Eso también i mas estudian nuestros vasallos...» (Se sonrien i mudan de conversación).

Bueno está que los jóvenes aprendan las ciencias; que estudien lenguas, literatura, legislación, fisica, botánica; pero hai todavía una cosa mas importante que deben saber primero—*vivir en república*.

Bueno es que un soldado sea instruído; pero lo que importa a su profesión es la *ordenanza* i el *ejercicio*.

Bueno es que el hombre tenga; pero primero *pan* que otra cosa.

Bueno es que un ciudadano sea un literato, un sabio; pero antes de eso debe ser un *ciudadano*.

Saber sus obligaciones sociales es el primer deber de un republicano—i la primera de sus obligaciones es *vivir de una industria* que no le perjudique, ni perjudique a otro, directa ni indirectamente.

Al que no sabe cualquiera le engaña.	{	Deben repetirse con frecuencia...
Al que no tiene cualquie- ra le compra		

los directores de las repúblicas.

El sistema de educación que se ha planteado por medio de escuelas, colejos i universidades, no puede formar un pueblo, que es lo que falta.

Es preciso recurrir a otro sistema que ha de proponerse alcanzar estos tres resultados:

Educación *popular*;

Destinación a ejercicios *útiles*;

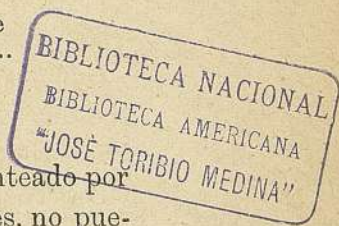
Aspiración *fundada* a la propiedad.

Veamos ahora los arbitrios que indicaba don Simón Rodríguez para llegar a ese triple objeto.

Hemos visto que abandonaba la Europa a su miseria, a su corrupción, porque consideraba imposible en ella la reforma; el mal era demasiado inveterado para que tuviera remedio.

Solo la América podía salvarse.

Lo que hacía con los continentes, lo hacía con los hombres.



Creía a los adultos incapaces de sustraerse al imperio del hábito, incapaces de ser rejuvenecidos.

Estaba persuadido de que los hombres hechos no aprenden, i de que todo lo que pueden hacer es preparar para sus hijos un porvenir mejor.

Era máxima suya que no debe despreciarse a los renuevos que están prometiendo fruto, por cuidar troncos viejos que corren a su fin, i que entre tanto estorban, contrarían e inficionan su descendencia con su ejemplo.

Cuando mas concedía que, así como en amores hai algunos *viejos verdes*, así también podía haberlos en política; pero siempre serian escepciones.

Desesperando de la educación de los adultos, no exijía de ellos otra cosa, sino que pensarán en asegurar a sus descendientes una suerte mas venturosa.

«Hagan los padres de familia con los proyectos de reforma, decía, lo que hacen con el alimento que dan a sus hijos.....

«Examinarlo... probarlo... i decir (como dice cada uno en mas de un caso):

Si yo comiera esto..... me moría.

Pero..... para muchachos es bueno.

Come hijo!..... ¡quién tuviera tu estómago!

Cuando yo era de tu edad..... comía cosas mas pesadas i no me enfermaba.

Esta convicción hacía que don Simón pensara en apuntalar solamente la sociedad vieja compuesta

de adultos, mientras bajo la obra echaba los sólidos cimientos de una sociedad nueva.

Con este objeto, establecía un gobierno cuyos miembros todos debían ser vitalicios desde el presidente, jefe supremo de la república, hasta el juez de barrio, último empleado de la jerarquía.

Esta forma de gobierno tenía para él varias ventajas.

1.^a Así se evitaban los trastornos ocasionados por las elecciones frecuentes en pueblos ignorantes i sin costumbres democráticas. En continuas mudanzas, se desvanece la autoridad i todo se hace ilusorio.

2.^a Siendo de por vida el presidente i los representantes, el primero tendría tiempo para instruírse en los negocios i los segundos para aprender a hacer leyes. La formación i ejecución de las leyes es obra demasiado seria i delicada para encomendarla a aprendices.

3.^a La permanencia de los mismos gobernantes aumentaría su prestigio. Un gobierno respetable i constante tiene los medios suficientes para vencer todas las dificultades.

Los militares que habían combatido en favor de la independencia, debían ser preferidos en los cargos públicos.

El UNIFORME, según don Simón, era el signo del *patriotismo activo*.

¿Quién podía tener mas derecho a la confianza del pueblo, que los que habían abrazado espontá-

neamente su causa, dándole la idea de un bien que no conocía?

Los militares habían trasformado una *colonia* en NACIÓN; eran ellos los llamados a constituir una *nación* en REPÚBLICA.

El gobierno organizado de la manera dicha debía asumir en la educación las funciones de PADRE COMÚN.

El objeto de sus desvelos debía ser instruir a la vez a todo el pueblo, es decir, crear un pueblo.

Debía apoderarse de los niños ricos i pobres, i educarlos conforme a los principios sociales. De este modo, aseguraría la industria que pedía, la riqueza que deseaba, la milicia que necesitaba, en una palabra..... la *Patria*.

Cuando el pueblo estuviera educado a la republicana, o mejor, cuando el pueblo estuviera creado, entonces sería tiempo de que cambiara por una forma definitiva de gobierno, la forma provisional que don Simón patrocinaba.

Según este pensador, los pueblos están en la minoridad; pero no se les puede declarar, sin injusticia, eternamente inhábiles para la representación.

Son menores, no dementes como los reyes los consideran.

Don Simón Rodríguez tenía una inteligencia demasiado perspicaz para no prever las objeciones de mayor bulto que podían levantarse contra su sistema, i mucho espíritu de proselitismo para no tratar de desvanecerlas.

Esa presidencia vitalicia, podía decirsele, es un escalón para el trono.

Ese jefe supremo de por vida, rodeado de magistrados también de por vida, no tiene mas que dar un paso para hacerse rei.

La menor duración del mando, replicaba don Simón, no es el remedio contra las aspiraciones de los gobernantes.

No es la permanencia de cinco, diez o cien años en el poder la que allanará o estorbará a un caudillo el camino del despotismo.

Cualquiera, dure lo que dure en el gobierno, se hará monarca si tiene ambición para quererlo, dinero para corromper, armas para imponer, sobre todo, si no hai pueblo que le contenga.

Hágase que el pueblo sea republicano i no se tenga miedo a los reyes.

Pero podía dirijírsele todavía una objeción mas grave que la anterior; podía decirsele, esa constitución de gobierno es, no un amago de monarquía, sino la monarquía misma; ese presidente vitalicio es un monarca; esos majistrados vitalicios que le rodean, son los grandes que forman su cortejo.

Don Simón, que tenía a mucho honor el ser republicano, dividía a los gobiernos en monárquicos i republicanos, atendiendo, no a la organización del ejecutivo i demás signos que señalan los tratados de derecho público, sino a las circunstancias de que identificaran o no sus intereses con los del pueblo.

Para él, era monárquico el gobierno que, buscan-

do el bienestar de ciertas clases privilegiadas, descuidaba el de la jeneralidad; i republicano el que procuraba el de todos sin escepción.

Conforme a esta regla, don Simón sostenía que la forma de gobierno que había concebido era republicana.

El presidente i los empleados, altos i bajos, que ella creaba, no debían pretender ni que sus hijos nacieran presidentes ni empleados, como nacen reyes i duques los hijos de los reyes i de los duques, ni que esos mismos hijos fueran mantenidos ociosos a costa de la nación; ni que sus primojénitos gozaran el título de *vagos*.

Los dignatarios del gobierno vitalicio imaginado por don Simón no debían tampoco sacar contribuciones de todos i de todas partes para invertir su producto en lo que quisieran sin dar cuenta a nadie, sino que debían reglar los gastos por las necesidades públicas i rendir las cuentas correspondientes.

No debían hacer de la nación una vaca lechera, sino un *pueblo* cuyo progreso social estaban obligados a conseguir.

En una palabra, debían constituir una organización republicana, i no una monárquica.

¿Qué objeción podía dirigirse a un gobierno que no tenía mas ocupación, que la administración de los intereses jenerales, ni mas anhelo que la ventura de todos?

Antes de continuar el resumen del sistema con-

cebido por don Simón Rodríguez, permítaseme hacer algunas observaciones a las ideas que llevo espuestas.

Como habrá podido notarse, el punto de partida de este pensador es la separación de los miembros que componen la sociedad en dos grandes clases: los adultos i los niños.

La edad ha condenado los primeros a la ignorancia, a la corrupción, a la ineptitud para la vida social.

El hábito del error i de la preocupación imprime jeneralmente en el hombre un sello indeleble.

Los individuos que han vivido bajo el yugo de un despotismo degradante, aún cuando con el tiempo sean restituidos a la libertad, conservan siempre resabios de su condición primitiva, como los apesados llevan hasta la muerte en su rostro las huellas de la viruela.

Por el contrario, la flexibilidad que la niñez da al alma i al cuerpo de los segundos, hace que sean susceptibles de recibir una educación que señale a sus facultades morales e intelectuales una dirección conveniente.

No hai salvación sino para los niños, cuyos corazones están puros i cuyas inteligencias son como libros todavía en blanco.

Movido por esta creencia, don Simón propone un réjimen provisional para esos hombres formados que no tienen remedio, i un sistema de educa-

ción para esos niños, esperanza i porvenir de la humanidad.

No puede negarse que la separación indicada simplifica notablemente el problema.

Es mas fácil educar a la mitad de los hombres, que no a todos ellos.

Pero tampoco puede negarse que esa separación es la que hace ineficaz, imposible el proyecto de Rodríguez.

Así como los hijos manifiestan siempre en sus fisonomías un reflejo de las fisonomías de sus padres, así también en sus ideas, en sus costumbres, dejan traslucir la influencia de las ideas i costumbres de aquellos que han dado el ser a sus cuerpos.

Los niños en todos los tiempos i en todos los lugares se asemejan en muchos aspectos a los adultos que han dirigido su infancia.

No se educará a los niños, sino se educa a los hombres.

La educación del hijo debe principiar por la educación del padre.

El desconocimiento de esta verdad constituye el defecto esencial del sistema de Rodríguez.

Dejaba a los hombres hechos abandonados a su ignorancia, a sus vicios, a sus hábitos coloniales, encorbados bajo el imperio de una autoridad absoluta.

Los consideraba incapaces de rejeneración, i pretendía, sin embargo, que educaran a sus hijos para una sociedad nueva i radicalmente diversa.

¿Cómo esperar por un momento que habian de trabajar para que sus descendientes pensaran, quisieran i obraran de un modo diametralmente opuesto al suyo?

¿Cómo imaginarse que habian de procurar que sus hijos quemaran los dioses que ellos habian adorado?

Don Simón debió reconocer por experiencia propia la vanidad de una ilusión como la suya.

Se había lisonjeado con que los adultos vivirian como pudiesen, i le dejarían entretanto metamorfosarse a los niños como a él le pareciese.

El jeneral Sucre i el prefecto Calvo vinieron a probar al reformador que los padres no permiten que se infundan a sus hijos ideas distintas de las que ellos mismos profesan.

Don Simón debió cerrar los ojos a la evidencia, sino percibió que, para educar a los niños, es preciso educar a los hombres.

Ahora bien, ¿cómo educar a los hombres? ¿cómo convertir en ciudadanos activos a colonos menguados?

A la verdad no puede enviárseles a la escuela, i es innegable que ejecutarán mal una cosa que no han aprendido a ejecutar, una cosa que aún es contraria a sus hábitos.

Sin embargo, es indispensable que la practiquen lo mejor que puedan para que algún día ellos, o sus hijos probablemente, lleguen a practicarla bien.

Hai cosas que no se aprenderán jamás, si no se ponen por obra.

El ejercicio de los derechos políticos puede compararse en este aspecto a la natación.

¿Cómo queréis aprender a nadar si no os botáis al agua?

¿Pretenderíais por ventura llevaros siempre en la orilla mirando la corriente a pretesto de que no habíais nadado nunca?

Pero, si no principiáis por nadar alguna vez, si proseguís repitiendo siempre esa misma disculpa para paliar vuestra timidez, concluiréis la vida sin nadar jamás.

Lo mismo sucede con la república; es preciso comenzar por practicarla, aunque sea mal, para llegar a practicarla bien.

Las instituciones republicanas son las que educan a los hombres, como las escuelas las que educan a los niños.

Esto era lo que no comprendía don Simón.

Organizaba el despotismo para preparar la república, i no advertía que tal hija no puede nacer de tal padre.

Además, el gobierno vitalicio de don Simón era un engaño i un imposible.

Ese gobierno no habría realizado el objeto de Rodríguez, i lo que es mas, no habría podido establecerse nunca.

Admito el principio de don Simón para calificar la bondad de un gobierno.

Buen gobierno es aquel que identifica sus intere-

ses con los de la sociedad; mal gobierno aquel que tiene intereses distintos de los de sus gobernados.

La solución del problema está sin duda en hacer que los magistrados i los ciudadanos no formen dos entidades diversas, opuestas quizá.

Convenidos en el principio, solo falta averiguar si ese principio se realizará mejor constituyendo un gobierno vitalicio, por consiguiente irresponsable, i cuyos miembros han de componer precisamente una clase privilegiada; o un gobierno alternativo, responsable i cuyos miembros al concluir sus funciones se confundan con los ciudadanos, i esperimenten en sí mismos el efecto de las leyes que han dictado, las consecuencias de las medidas que han tomado.

Me parece evidente que un gobierno organizado del primer modo tiene necesariamente intereses distintos de los de la sociedad, i que uno organizado del segundo no puede menos de tenerlos identificados con los de aquélla.

Si adoptamos por criterio el principio señalado, el gobierno propuesto por don Simón debe ser condenado; el gobierno que él critica, debe ser el practicado.

Efectivamente, el mejor medio de conseguir que un funcionario no abuse es darle la seguridad de que un día, i no remoto, será medido con la misma vara que ha empuñado.

Haced que la duración del mando sea solo unos cuantos años, que los magistrados sepan que no siempre estarán protegidos por las inmunidades del

poder, que al poner su firma al pie de un decreto o de una lei tengan entendido que no están legislando únicamente para otros, sino también para sí; i perded todo cuidado.

No temais que atenten contra la seguridad individual, que violen el secreto de la correspondencia, que invadan el hogar doméstico, que corrompan la justicia, que impongan contribuciones arbitrarias, que abusen i que tiranicen.

No harán nada de eso, porque sabrán demasiado bien que, si así lo hicieren, su seguridad personal estará un día en peligro, su correspondencia será violada, su hogar doméstico invadido, sus derechos atropellados, su propiedad saqueada, las garantías que los protejen a ellos i a sus amigos conculcadas.

La alternatividad es el freno mas poderoso que puede inventarse contra las demasías de los gobernantes.

Don Simón Rodríguez, como todos los reformadores, sobrado apresurado i ardiente, quería ver realizado pronto su sistema.

Esa impaciencia le hacía mirar de mal ojo las demoras que son consiguientes a las complicaciones de un gobierno constitucional, i admirar la prontitud, el vigor de la dictadura.

Pero una sola consideración debería haberle alumbrado. ¿Qué seguridad tenía de que ese dictador había de obrar bien? i si éste no cumplía con su deber ¿cómo remediaba don Simón el mal, cómo ponía atajo a la tiranía?

Ciertamente, el despotismo que ejecuta al momento lo que ha concebido, sería una cosa muy aceptable, si no se propusiera mas que la felicidad de los hombres, i si no estuviera sujeto al abuso i error; pero es el caso que su móvil es el egoísmo, que casi nunca respeta la justicia, i que casi siempre se equivoca.

El sistema político de Rodríguez presentaba todavía un inconveniente mas radical: la imposibilidad de llevarlo a efecto.

El sistema colonial, entre tantos males, había legado un bien a los americanos, la ausencia de una aristocracia verdadera.

La esclavitud había hecho iguales, si no a todos los habitantes de este continente, a lo menos a todos los individuos de las clases acomodadas.

¿Cuál de ellos habría permitido entonces que otro de sus pares se le sobrepusiera en el mando i por toda la vida?

¿Habrían colocado sobre el pedestal a alguno de los caudillos de la independencia, como lo proponía don Simón?

Pero, entre éstos, había varios que se pretendían igualmente meritorios, que alegaban los mismos derechos, que estaban animados de la misma ambición, que no habrían tolerado un superior.

El mismo don Simón refiere un cuento que encierra una gran verdad i que debería haber meditado.

«Había, dice, en el jardín de un monasterio un

naranja mui viejo. El síndico lo hizo cortar—mandó hacer un crucifijo i lo colocó en la iglesia.—Hubo entre las monjas una que se acusó al confesor de la repugnancia que sentía al querer adorar la imagen; i preguntándole el confesor *por qué*, le respondió llorando...—¿Qué devoción quiere usted que me inspire, si lo conocí naranja?»

Esa misma repugnancia que sentía la monja para rendir culto al naranja convertido en crucifijo, la habrían experimentado los americanos para prestar acatamiento a uno de los suyos, al hijo del vecino de muchos de ellos talvez, convertido en presidente vitalicio.

La moral del cuento era mui fácil de sacar, i a fe que me causa admiración el que don Simón no la haya deducido.

No había mas arbitrio para adaptar las instituciones a los hechos existentes que establecer un gobierno cuyos miembros fueran *electivos i alternativos*, es decir, un gobierno que diera a todos los que fueran capaces esperanzas de participar de las dulzuras del poder.

Eso era lo que aconsejaban la razón i la prudencia, la justicia i la realidad de las cosas.

Todos los que intentaron lo contrario fracasaron en la empresa.

Bolívar, San Martín, O'Higgins, muriendo en un destierro impuesto o voluntario, deben ser un terrible escarmiento para los que participan de sus ilusiones, i quieran fundar en América algo que no

sea la república con gobernantes electivos i alternativos.

He espuesto el sistema político que don Simón había concebido para los adultos, i he dado mi opinión acerca de ese sistema que contaba entre sus adeptos a Bolívar.

Voi a indicar ahora cuál era el régimen que nuestro reformador proponía para los niños.

Don Simón hacía la competente distinción entre la *educación* i la *instrucción*, distinción que en el día es vulgar, pero que en aquella época no lo era.

Instruir sin educar le parecía peligroso.

La ciencia sin la virtud hace que los estafadores sepan formar cuentas i documentarlas; que los tramposos sean destrísimos en entablar pleitos, en ganar o en eludir sentencias; que los falsificadores aprovechen sus conocimientos en la química i el arte de grabar para adulterar la moneda de metal o de papel.

«Si se continúa instruyendo i no educando, decía don Simón, es probable que llegue a conseguirse que los salteadores de camino lleven los libros de sus negocios por partida doble.»

Sin embargo, a su juicio, la instrucción, aunque susceptible de abusos, es indispensable, porque el cultivo de la inteligencia es un paso para el cultivo del corazón.

Un pueblo ignorante no comprenderá nunca que el deber i la conveniencia le exigen que se eduque.

Así, es preciso instruir al pueblo, pero también

es preciso no limitarse a instruirlo, sino educarlo al mismo tiempo.

La instrucción es una preparación, la educación es el fin.

Educar para don Simón significa enseñar al hombre a tratar con las cosas, e infundirle ideas sociales, esto es, enseñarle una industria que asegure su subsistencia, i una moral que regle sus relaciones con los demás.

Quería que todo ciudadano tuviera la independencia del que sabe ganar el pan con el sudor de su frente i el trabajo de sus manos, i el civismo del que toma por norma de sus acciones este principio: *Todo derecho se deriva de la sociedad i toda obligación se refiere a ella.*

Los niños debían aprender en la escuela a trabajar i a vivir como individuos sociales.

Este réjimen debía en cinco años crear un pueblo i organizar la república.

«La sociedad actual.... en todo el mundo conocido.... decía don Simón, no es obra del *arte*, sino de la *casualidad*. Su divisa lo prueba:

Cada uno para sí

i

Dios para todos,

máxima buena para *naufrajios* en alta mar.... i no siempre, porque si el barco da tiempo, un desgraciado convida a otro con su *tabla*.

Cada uno para todos

i

Todos para cada uno

sería la de una sociedad que fuese obra de una *Educación uniforme*».

La última palabra del trozo citado espresa el complemento de las ideas de don Simón sobre educación.

«En todos tiempos, repetía murmurando, se ha dado instrucción a *algunos* niños.... a *ALGUNOS!* (obsérvese bien) en *escuelitas* puestas por cualquiera que ha querido *meterse* a enseñar (*meterse* es el término propio); pero los mas la han tomado.... i la toman todavía, de boca de sus padres.»

Este sistema de educación *privada* no era el ideal de educación *social* que había concebido don Simón.

El gobierno, i no los particulares, debía suministrar bajo su dirección i vijilancia, educación a *todos* los niños sin distinción de clases ni de riqueza.

La educación debía ser *jeneral i uniforme para todos*.

Después de la educación social que enseña a los ciudadanos sus derechos i deberes, i de la educación corporal que les enseña a trabajar, viene la educación científica que les enseña a pensar.

Esta educación científica debía abrazar el estudio

de la lógica, del idioma i de las matemáticas, porque todo se hace pensando, hablando i calculando.

Antiguamente, según don Simón, eran otros los estudios cardinales, a saber: la metafísica, la historia i la poesía, porque todo era sueños, cuentos i ficciones.

Para resumir, la fórmula de la educación en una monarquía es:

Erudición i habilidades,
Profesiones i oficios.... *en tumulto*,
Privilejos, herencias i usurpaciones;
Pero en una república debe ser:
Educación *popular*,
Destinación a ejercicios *útiles*,
Aspiración *fundada* a la propiedad.

El plan de la escuela que don Simón Rodríguez organizó en Chuquisaca, bajo la protección de Bolívar en 1826, acabará de aclarar sus ideas sobre la materia que nos ocupa, i servirá como de un ejemplo a su doctrina.

Reunióse en una casa cómoda i aseada (debe suponerse que es don Simón el que habla) a los niños pobres de ambos sexos.

En esa casa, había piezas destinadas a talleres, que estaban surtidos de instrumentos i dirigidos por buenos maestros.

Los varones debían aprender los tres oficios principales, albañilería, carpintería i herrería, por que con tierra, maderas i metales se hacen las cosas mas necesarias, i porque las operaciones de las artes

mecánicas secundarias dependen del conocimiento de las primeras.

Las mujeres aprendían los oficios propios de su sexo considerando sus fuerzas; se quitaban, por consiguiente, a los hombres muchos ejercicios que usurpan a las mujeres.

Todos debían estar decentemente alojados, vestidos, alimentados, curados, i recibir instrucción moral, social i religiosa.

Tenían, fuera de los maestros de cada oficio, inspectores que cuidaban de sus personas i velaban sobre su conducta, i un director que trazaba el plan de operaciones i lo hacía ejecutar.

Se daba ocupación a los padres de los niños recojidos si tenían fuerzas para trabajar; i si eran inválidos, se les socorría por cuenta de sus hijos: con esto, se ahorra la creación de una casa para pobres ociosos, i se daba a los niños una lección práctica sobre uno de sus principales deberes.

El capital invertido en el establecimiento era productivo.

Cada alumno se reconocía deudor por los gastos que ocasionaba, i a cada uno se le llevaba una cuenta corriente.

Al fin de cada quinquenio, se cargaban a los alumnos existentes a prorrata los gastos que habían costado los muertos e inválidos.

Cuando los alumnos saliesen de la escuela, debían liquidarse sus cuentas; i cada uno debía pagar el

cinco por ciento hasta amortizar la cantidad que quedase debiendo.

Estos intereses formaban un fondo que se destinaba a auxiliar i socorrer a los miembros de aquella sociedad por corporaciones, luego que estuviesen establecidos i con una industria en ejercicio.

De este modo, la escuela modelo de Chuquisaca debía enseñar a los niños bolivianos el trabajo, que procura la subsistencia del cuerpo, i la moralidad, que hace mirarse a todos los hombres como hermanos.

He manifestado que a mi juicio el sistema político de Rodríguez no era aceptable.

Es distinta mi opinión acerca de su sistema de educación, cuyas bases me parecen en jeneral muy razonables.

Tres son las ideas principales que lo constituyen:

Dirección esclusiva de la educación por el gobierno;

Educación jeneral, uniforme i forzosa para todos;

Educación simultáneamente moral e industrial que perfeccione el alma i el cuerpo i dé alimento al espíritu i al estómago.

Chile, la república hispano-americana que se encuentra mas adelantada en instrucción pública, si bien no practica todavía esas tres ideas en toda su estensión, por lo menos las ha proclamado con algunas modificaciones.

Los artículos 153 i 154 de la constitución política

encomiendan al gobierno del estado la dirección i superintendencia de la educación pública.

En Chile, el gobierno es el preceptor jeneral de los niños, como lo quería don Simón, pero con la diferencia de que la libertad de enseñanza ha sido al mismo tiempo respetada.

El proyecto de lei presentado en 1849 al congreso por el actual presidente de la república, en aquella época miembro de la cámara de diputados, reconoce el derecho a la enseñanza en todos los habitantes de este suelo.

Sanciónense tanto ese derecho, como la obligación correlativa en todo ciudadano de adquirir cierto mínimo de instrucción; i se tendrá convertido en lei el segundo principio fundamental de Rodríguez.

El preámbulo del proyecto citado indica igualmente la necesidad de dar a la enseñanza una tendencia industrial i de comprender en ella ramos de aplicación que mejoren la condición material del pueblo; lo cual importa la enunciación del tercer principio de don Simón.

En vista de tales hechos, puedo afirmar que el sistema de educación propuesto por el pensador venezolano, si no está realizado en Chile, por lo menos tiende a realizarse.

Así una república electiva i alternativa está en camino de llevar a cabo lo que jamás habría podido ejecutar esa república vitalicia soñada por don Simón Rodríguez.

